

EL TRASUNTO MEGALITICO DE LAS PRESAS Y SU OSTENSIBILIDAD ESTETICA EN EL PAISAJE NATURAL DE LOS VALLES

Dr. Ing. C. C. P. A. DEL CAMPO Y FRANCES
Vice-Presidente del Instituto de Jardinería y Arte Paisajista

I. ENTRADA.

La detención y remanso de las aguas para derivar de ellas al molino o a la huerta — los modestos azudes vertederos de aquellas provincianas fábricas de la luz —, con sus oblicuas y tendidas escolleras de jabonosa facie, completando el bucólico paisaje de la merienda en el soto, no perturbaron nunca a las famosas niñas de Merino ni a sus románticos acompañantes, que muy bien protagonizaran escenas para cualquier Watteau decimonónico. Al contrario, los escalones pequeños para aprovechamientos locales ayudaban a los álamos y a los sauces a contemplarse en los ríos juntamente con la enchisterada y progresista técnica de nuestros padres y abuelos, vuelta de espaldas al paisaje.

Las cosas, con esa ironía histórica que ahora sorprende a los historiadores retrospectivos, no progresaron por el lado de las chisteras tanto como por el camino de las meriendas. Si no hubiera sido así, no escribiría yo ahora esto, que espero pueda leerse sin excesivos aspavientos. La Ingeniería hidráulica, buscando mayores desniveles, alejóse cauce arriba, y mientras, las escolleras musgosas, como cansadas partituras de viejas aguas cantarinas, quedaron añorantes de una belle époque perdida entre las florecillas silvestres de la orilla. El sentimiento de la naturaleza es una reciente adquisición humana precursora de un protector respeto a su naturalidad, que muy pronto terminará — esperamos — con los vestigios residuales de los campings, junto con las ineducadas negligencias atávicas de los modernos excursionistas.

Pero hecho cierto es que, al igual que una ictiológica ascensión contracorriente, la crítica estética alcanza la cabecera de muchos ríos importantes, para desovar al pie de sus altas presas la imposibilidad de salvar un salto que omitió la adecuada escala de peces. Cabe afirmar que la desazón posible ante el paramento ingrato de una presa cerrando la angostura de un cauce, ha de estar precedida, en quien la sienta, de otras no menos importantes a lo largo de su ca-

minar paisaje arriba; mas ello no exime de analizar — paisajísticamente considerado — el encaje artificioso de la presa en un ambiente de natural contextura áspera o abrupta.

Tiendo, quizá impensadamente, a enfrentar nuestra postura de observadores desinteresados con las grandes obras divisorias de paisajes. Quiero decir, con las que su alteración paisajística ofrece dos auténticas y distintas caras: una, la de aguas arriba, y otra, la de aguas abajo. Elimino así las de horizontalidad dominante, que suplen con caudal la escasa altura que la potencia de su salto precisa, porque entiendo que la diferenciación señalada no se ofrece en estos casos. El paisaje, generalmente horizontal y abierto, se unifica ante el contemplador a un lado y otro de la presa, aunque ésta se pierda linealmente en la infinitud de una perspectiva anchurosa como la del Nilo. Salvando la escala comparativa — cuestión de distancia del punto de vista — elimino el charco para atender al lago, como uno de los dos efectos de ese megalitismo ancestral que impregna el hormigón altivo de las presas de montaña.

2. LA PRESA, EN EL PAISAJE Y EL PAISAJE DEL EMBALSE.

En ese doble efecto señalado se centra el aparente juego de palabras con que encabezo este párrafo. Pero precisamente por lo que el agua detenida incorpora a la naturaleza inundando el valle, es por lo que la complacencia estética del contemplador se remonta hasta olvidar la presa responsable del embalse. He dicho en otra ocasión que “pudiera calificarse el paisaje natural con agua detenida, como de los más completos que la naturaleza ofrece al conjugar equilibradamente los elementos fundamentales: cielo, tierra, agua y vegetación”. Por eso, no agradecer a la presa el favor que estéticamente otorga al paisajista desinteresado, sería algo imperdonable que debiera sancionarse con incapacitación para enjuiciar independientemente a su robusto y sufrido cuerpo, integrado



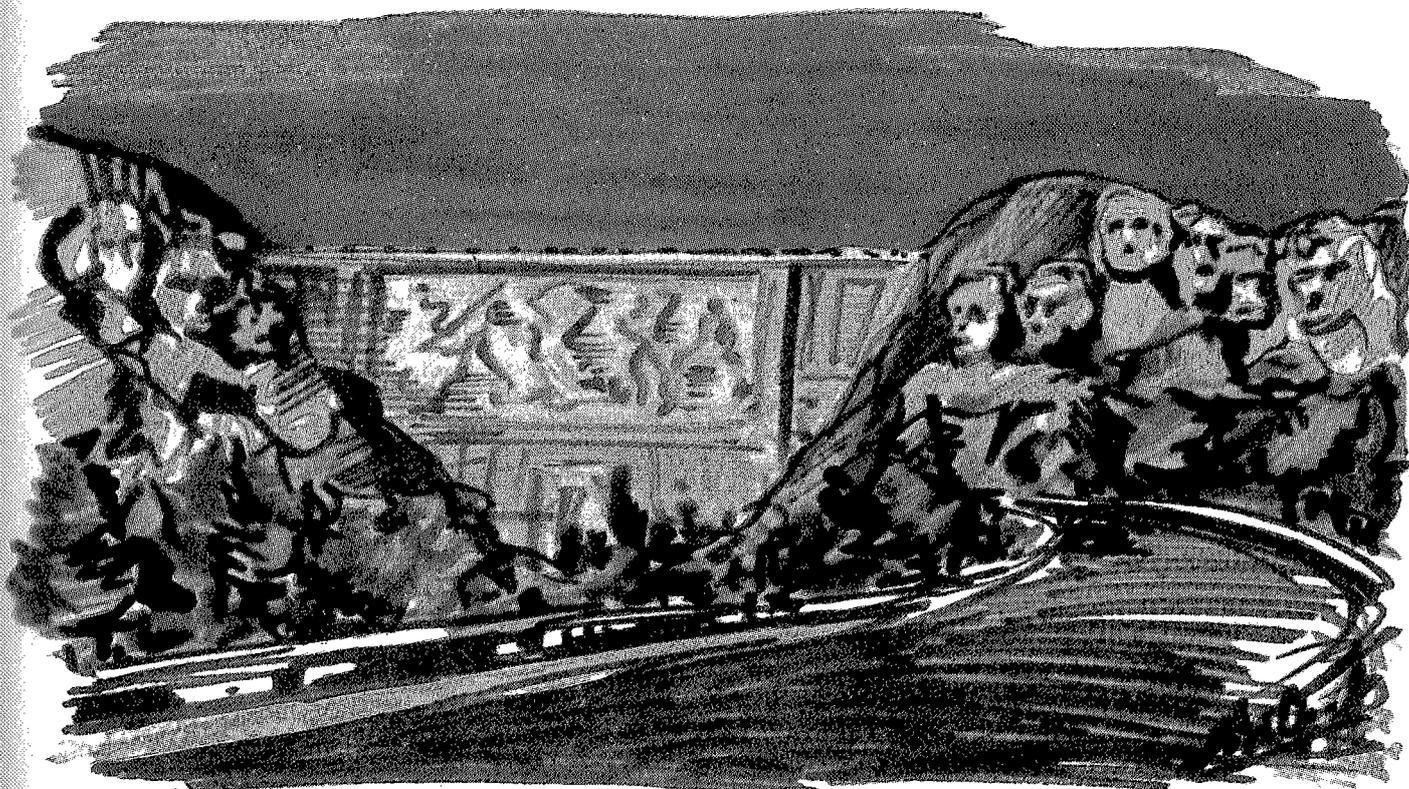
— desde aguas abajo — en un paisaje distinto.

Yo invito al lector a que, sin acudir a los proficientes de embalses — llámense nautas o ferratenientes, pescadores o bañistas — dediquemos a las presas nuestra loa por el simple motivo — ¡ahí es nada! — de poner en el paisaje espejos para el cielo. Después, ocupémonos de ellas mismas.

Y he aquí a la presa, a la gran presa, hincada en la cerrada — como un canto en una cacera —

a la cuenta de quien las produjo y las consintió sin propósito de reposición ulterior. Su consideración es meramente educacional y entitativamente identificable con la de los restos orgánicos e inorgánicos de las meriendas campestres de ciertas personas).

La insistencia en que los puntos de vista proporcionados estudiadamente al contemplador pueden paliar muchos inconvenientes de los que crudamente se han expuesto al enunciar, sim-



ofreciendo su desnudez ventral con triple consecuencia: primero, la de cerrazón ostensible, cegando la angostura del valle a piedra y lodo (usual expresión que mantiene su rotundo significado en el antecedente arcaico del hormigón); después, la de paramento, que heterogeneidiza artificiosamente la unión de ambas laderas en cuanto a materia y superficies; finalmente, la de hincadura, por la que se ofrece el terreno herido por la penetración sustentadora de la presa. (Las descuidadas huellas dejadas por la construcción, tanto por instalaciones auxiliares de la obra como por residuos de cualquier otra naturaleza, baste con mencionarlas como evitables para cargarlas

plemente, la trilogía de consecuencias, no admite cortapisas, aunque se la moteje de astucia paisajística. En atención a ella, creo tienen oportunidad aquí los párrafos que, en ocasión de ocuparme de la ambientación de la carretera en los paisajes con presas de embalse, escribí no hace mucho con destino a los compañeros de aquella especialidad (*).

“... los paramentos de las presas, de gravedad especialmente, con su uniformidad de sucio cromatismo plano, deben disimularse, al menos

(*) Recomendaciones relativas a la estética de la carretera y a su ambientación en el paisaje. M. O. P. Dirección General de Carreteras y Caminos Vecinales. Mayo 1963.

parcialmente, con plantaciones de carácter frondoso. Son más tolerables las presas bóvedas o las de contrafuertes, porque la luz en su superficie da lugar a contrastes que las favorecen.

"De todos modos, la carretera no debiera dar visibilidad al paramento de las presas si no van éstas acompañadas, a la vista, de la presencia del agua embalsada que las embellece y justifica. En tales condiciones, el artificio humano de la obra puede ser ofrecido en su total grandiosidad dando lugar a bellos espectáculos cuando se trata de presas-vertedero o con aliviadero visible en funcionamiento."

"... El panorama, dominando la presa y el embalse, puede servir a la carretera de prelude para su acercamiento y ulterior travesía por la coronación. El contraste de paisajes que al cruzar por ella se ofrece a un lado y otro, deberá facilitar la propia presa rebajando la opacidad de pretilos y volando aceras que permitan el recorrido a pie. En ambos extremos, deberán establecerse espacios para estacionamiento, cuidadosamente adaptados a la forma más estética de miradores, tanto por lo que se refiere a la propia arquitectura de la obra como a las excavaciones que, para ellos, se precisará en el perfil de la cerrada."

Cuanto más ordenadamente pudiera surgir en el comentario de la consecuencia del ponedón conjuntando las de cierre y paramento, queda implícitamente enjuiciado a través de lo que acabo de transcribir. Sin embargo, la mayor dedicación a que la presa me compromete en este trasunto megalítico que he imaginado, me obliga a pedir al que hasta aquí haya llegado, me acompañe fuera de los caminos preparados, para descender al valle, aguas abajo, y situarnos a cierta distancia primero y progresivamente más cerca, de modo que la silueta de la presa quede protagonizando, al final, el desequilibrado diálogo que su mayestática superioridad imponga.

3. LA SUPERFICIE ERECTA.

Sorprende su visión aun a distancia. Aun dominada en su total contorno. Desprovista de la ingenua explicación que la complacencia precisa, marca una anisotropía de cuerpo extraño en un medio de mayor blandura, cual si la incrustación proviniera de meteorítica ascendencia o la erección se remontara al enigmático neolí-

tico, en perdurable y ciclópea arquitectura dolménica.

(Por supuesto, que al hablar de complacencia en la contemplación estética del paisaje y de las explicaciones visuales que el naturalismo de la naturaleza requiere, no interfiero los conceptos artísticos de la obra humana, cuya complacencia puede y debe desbordar lo afectivo para alcanzar lo intelectual.) Explicación buscada, que aun calificada de ingenua, más la logra la cascada del vertedero que el chorro de un desagüe de fondo. Porque en lo pseudopanteísta que pueda haber en la recreación paisajística, pesa más la propia minoración humana que el engrandecimiento de lo circundante, aunque el efecto relativo pueda parecer el mismo.

Los estilos arquitectónicos — invención humana — se desambientan por cronología — Picasso y el gótico barcelonés —. Con la Naturaleza — con mayúscula — hay que ambientar en Eternidad. De ahí el delirio de grandeza en la arquitectura funeraria o religiosa, tratando de competir con las montañas o queriendo modelarlas humanamente. "Salir de lo mediano es salir de la humanidad", diría Pascal, y pudiéramos aplicarlo a lo dicho, aunque sólo como mera pretensión. Por eso, la gran presa como mole laica o tumulario megalito, se explicaría mejor en su medida — "est modus in rebus" — si extrapolando a Horacio fijáramos para ella esa medida más adecuada a la conmemoración que a la utilidad.

Pregunto si el divorcio de la utilidad y el arte es causa de que la grandiosidad necesaria complazca menos que la inútil. Recordemos que la recreación estética proviene de la contemplación desinteresada y que el nuevo concepto de la belleza funcional precisamente nace de la expresividad de la función: de la explicación, diríamos antes, claramente manifiesta. Y la función de una presa no lo está sin el agua embalsada a la vista. Justamente lo que suele llamarse estéticamente ingrato es aquello que por necesario no se suprime y por mantenerlo se disimula. El arte de la decoración nació justamente para disimular lo ingrato. Vuelvo a preguntar si en la Arquitectura Hidráulica — en un más allá de la acepción de Schoklitsch — no hay un arte bello para la decoración de paramentos ingratos. Porque el feliz antecedente del relieve en hormigón escultóricamente moldeado o esculpido, puede pasar de las fachadas — Grandas de Salime — a una escala trascendente de aplicación mayestática.

La decoración en las presas — como en todo — no puede degenerar en el disimulo engañoso que es el fingimiento burdo. (Empleo la palabra disimulo aplicada al efecto y no a la causa, que ésta debe mantener su naturaleza sirviendo de soporte o prestando su materia a esa distracción benefactora que la decoración persigue). Por ello, no pensemos en chapados pétreos ni aditamentos de confitura. La virilidad de una obra como la que venimos contemplando en una aproximación progresiva no admite, en su adusta e inexpresiva faz, otras distracciones que la que pudiera prestarle una nueva escultura egipcia como la de los célebres colosos del templo de Abou-Simbel, que soportan la montaña excavada en la ladera del valle de Nubia, en Ipsambul.

Admito la sonrisa y acepto la observación de que los perfiles de gravedad sean los más propensos a la decoración faraónica, pero no desisto en mi osadía de terminar la imagen, pidiendo al lector su opinión sobre lo que sería una espesa lámina vertiente entre dos contrafuertes estatuarios con sendos Osiris de 20 metros de altura. Y pasando por los frisos asirios para no dar el salto histórico omitiendo esa otra sugerencia, henos, imaginativamente, ante el monte Rushmore, de Dakota del Sur (Estados Unidos), donde el turista admira esculpidos a punta de cincel los conocidos bustos de los primeros Presidentes americanos, con 18 metros de altura. (Claro es que decoración escultórica semejante habría de ser aplicada en acompañamiento lateral o de laderas.)

Sin embargo, la auténtica decoración natural de la presa es el agua vertiente. Debiera ser vertedero casi la totalidad de la coronación. Incluso en las presas bóvedas, con lámina despegada, claro es, y travesía por debajo de la cascada superando los efectos naturales del río Piedra. Los peligros socavadores quedarían eliminados con una estudiada pero uniforme escollera de hormigón aristado, fraguado como recubrimiento continuo del terreno natural afectado. La escultura pensada para decoración de una presa-bóveda, se separa de ella hacia aguas abajo quedando abrigada por su doble curvatura o componiendo con la cortina de agua.

4. LA CIRCUNSTANCIA DEL PAISAJE HISPÁNICO.

Sin ser amigo de la tipificación y más por analizar el difícil matrimonio — como dice José

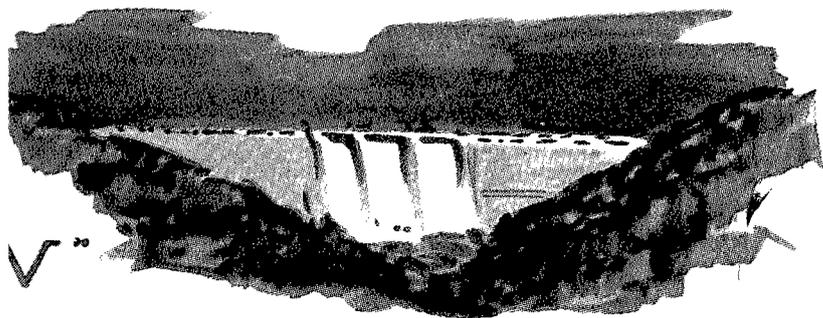
Torán — entre la geometría de la presa y la geología del terreno, que por otra cosa, caigo gustoso en ella al matrimoniarla con las tres Hispanias que establece D. Eduardo Hernández-Pacheco al estudiar litológicamente el paisaje de la península:

La Hispania silícea, cuyo roquedo predominante “es el granítico, con sus bellos canchales; el néisico, afine al anterior, pero con formas de erosión más atenuadas y menos vistosas; las pizarras silíceas paleozoicas o prepaleozoicas y las cuarcitas del Silúrico inferior, que originan agrestes y pintorescos riscos”. Comprende más de un tercio de la superficie total de la Península con las penillanuras occidentales y el ancho espinazo de la cordillera central. Es la que moldea el ondulado y verde paisaje galaicoduriense, el ondulado-abrupto del Guadarrama y el ondulado policromo del ameno paisaje extremeño.

La Hispania calcárea, que dibuja en los mapas geológicos una ancha Z invertida, desde el norte de Cataluña y vertientes meridionales pirenaicas junto con las subpirenaicas, avanza por el oeste hasta más allá del cabo de Peñas y sesgando diagonalmente por las serranías ibéricas hasta la península alicantina del cabo de la Nao, termina cerrando el último trazo de la Z con las montañas béticas desde el Mediterráneo al Atlántico. Las rocas características son “las calizas coquerosas y esponjosas, o las negras veteadas de blanco, ambas del Triásico; las marmóreas... del Jurásico; las... de origen arrecifal, formadas por la acumulación de políperos, de rudistas y conchas de otros moluscos, del Cretáceo; las... del Eoceno marino y los conglomerados..., de los que es buen ejemplo la montaña de Montserrat. En Asturias orientales, además de las calizas mesozoicas y numulíticas..., las del Devónico, y las grises del Carbonífero inferior..., caliza de montaña...” Es esta Hispania la de los paisajes montañosos-quebrados.

La Hispania arcillosa queda constituida por los territorios restantes; las altiplanicies centrales y las llanuras bajas externas al núcleo o macizo hespérico. “Todo es llano..., en contraste con la penillanura silícea y en discordancia con las serranías de la Hispania calcárea. El material litológico de estas llanuras es el mismo; las arcillas y las margas o los aluviones arenáceo-arcillosos...” No es preciso añadir que el paisaje horizontal es el resultado externo de esta geología.

Y tras el provechoso extracto del ilustre aca-



démico (*), en el que baso los tres tipos de paisajes de los que cabe derivar tres siluetas de presas, podemos dejarlos enunciados, aunque ello nos obligue a alterar el orden anterior de las Hispanias, y las distingamos, para mayor comodidad, por sus iniciales:

H.A.: Paisaje horizontal (llano). — Silueta de presa: trapecial-rectangular.

H.S.: Paisaje ondulado (montañoso). — Silueta de presa: en "V".

H.C.: Paisaje vertical (quebrado). — Silueta de presa: en "U".

Lamento no tener para H.A. una letra o carácter tipográfico adecuado para simbolizar una silueta de artesa oblonga (por no decir féretro), con lo que la clasificación anterior hubiera presentado cierta ingeniosa elegancia. Pero recordando que nuestra preocupación estética la habíamos circunscrito a las presas de gran porte, quiere decirse que podemos despreocuparnos un tanto del problema y quedarnos con las "V" y con las "U".

(Hay que advertir que el peso de nuestro simbolismo radica en la inclinación de los trazos laterales de las letras más que en la angulosidad o curvatura de su punto más bajo. Tampoco queda excluida de "V" la posibilidad "W", más o menos irregular).

Sin que ello quiera presuponer un resultado estadístico — más bien es una derivación paisajística — cabe afirmar que las presas "V" suelen estar más acompañadas de vegetación y, especialmente, de bosque. La huella de su hincadura perdura más dolorosa porque produjo muerte y la vitalidad del paisaje no se ha restablecido con la repoblación. Las presas "U" más montaraces y alpinas o simplemente más encajadas de cuña, quizá puedan presumir de inocencia y severa austeridad. La herida de su hinca trituró sólo piedra y al salpicarla lejos mostró nada más, pero también nada menos, que el color limpio e íntimo de su entraña.

Hay que reponer cuidadosamente la facies del terreno en la brecha quebrantada por el hachazo.

(*) "El paisaje en general y las características del paisaje hispano". Discurso del académico D. Eduardo Hernández-Pacheco, leído el día 28 de noviembre de 1934 en la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en la sesión inaugural del curso 1934-35.